

Evolución de la política exterior de Estados Unidos

Pere Vilanova

Catedrático de Ciencia Política y de la Administración, Universitat de Barcelona

Tovar Ruiz, Juan

La política exterior de Estados Unidos y la expansión de la democracia (1989-2009)

Tirant lo Blanch, 2014

359 págs.

Este libro de Juan Tovar contribuye a desarrollar entre nosotros el campo de los estudios en política exterior. Esto es en sí mismo un valor añadido pues, comparado con el mundo académico anglosajón, los estudios de política exterior en España son relativamente recientes y en todo caso menos desarrollados que otras especialidades de la ciencia política y las relaciones internacionales. Autores como el desaparecido Fernando Rodrigo, José Ignacio Torreblanca, Ignacio Molina o Charles Powell merecen ser aquí mencionados (sin ánimo de considerar la lista cerrada, por supuesto).

La Política Exterior de Estados Unidos y la expansión de la democracia: 1989-2009 es, por tanto, un libro oportuno y útil, sin perjuicio del debate que legítimamente merece y la disparidad de opiniones sobre sus tesis de fondo, que en algún caso comparte quien

firma esta reseña. Como el propio autor indica, el idealismo wilsoniano es una de las corrientes más relevantes e influyentes de la política exterior de Estados Unidos, cuya continuidad se ha mantenido a lo largo del tiempo en diversas etapas de su historia, más allá de la alternancia entre las presidencias demócratas y republicanas.

El presente trabajo realiza un estudio histórico de la evolución del idealismo wilsoniano, mostrando que su versión actual, es decir, la de los liberales intervencionistas del Partido Demócrata y los neoconservadores republicanos de última hornada que han reivindicado como propia, tiene diferencias con la versión original formulada por el propio presidente Wilson o con la alternativa planteada frente al realismo tras la Segunda Guerra Mundial. Por lo demás, la citada doctrina ha afrontado a lo largo del tiempo muchas críticas, tanto las derivadas de sus polémicos resultados en la práctica, como las de los grupos ideológicos hostiles, tanto en el terreno político como en el de las ideas (en sede académica o de medios de comunicación).

A la vista de ello, el autor insiste en que es necesario realizar una serie de recomendaciones para el mejor funcionamiento de cualquier estrategia en política internacional, empezando por sus corrientes o fundamentos doctrinales subyacentes. En primer lugar, hay que subrayar por evidente que la doctrina que se aplique sea una doctrina flexible y pragmática; es decir, orientada por la necesidad política y por las

circunstancias de cada momento concreto, teniendo en cuenta (hasta donde se pueda) el *contexto y el marco estratégico general*. El Estado, a la hora de tratar de determinar los instrumentos para la defensa de su *interés nacional* (que es lo que guía por definición la política exterior), ha de definir adecuadamente una serie de intereses vitales, y para ello puede necesitar actuar de forma distinta en diferentes casos y momentos; o sea, puede generar versiones distintas de esta política pública específica que es la política exterior.

Es imprescindible contar con la prudencia del decisor (*decision maker*) y la autorrestricción aplicada a la doctrina, de forma que esta haga que el Estado en cuestión se relacione con el mundo tal y como es, reconociendo sus propios límites. Hay que recordar la advertencia de que uno debe tener principios sin permitir que estos nos cieguen, y no ver exclusivamente el mundo a través de una doctrina rígida, cuya aplicación está sometida a condicionantes internos y externos. Algo que algunas doctrinas, como la de Nixon o las políticas de expansión de la democracia de la Administración Bush, no contemplaron adecuadamente. Además, el peso de la opinión pública debe ser asumido en la medida de lo posible, de forma que, como a su pesar descubriría Estados Unidos con la guerra de Vietnam, la opinión pública no pueda dar al traste con toda una estrategia. Esto es un constreñimiento inevitable en las democracias *de opinión*. En cualquier caso, y si bien es

cierto que el pragmatismo en la elaboración y aplicación de la doctrina será siempre preferible a la aplicación rígida de la misma, esto no quiere decir que la acción política deba quedar al azar de cada momento. La doctrina debe entenderse como una guía o planificación asentada sobre una visión del mundo, que permita interpretar en función de un sistema de valores todo reto o desafío.

Después de su momento fundacional (por el propio presidente Wilson), una referencia esencial se puede encontrar en el periodo inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial, con el intento del presidente Truman de establecer una paz universal a través de la creación de instituciones como Naciones Unidas, y que cambiaría con el incremento de las percepciones estadounidenses sobre la amenaza que supondría la Unión Soviética y el subsiguiente desarrollo de la doctrina de la contención y su implementación por diversas administraciones como las de Truman, Eisenhower, Kennedy, Johnson o Reagan. El tercer periodo de aplicación del idealismo wilsoniano, analizado aquí, es el de la posguerra fría o la del mundo posbipolar. En este periodo se pretenderá llevar a cabo la implementación del idealismo wilsoniano a través de la idea de expandir la democracia liberal como forma de gobierno, aunque sea necesario el uso de la fuerza militar. En cierto modo y hasta cierto punto, este sería un aspecto común en las doctrinas de política exterior de Clinton y Bush (hijo).

El presidente Truman, de sólidas convicciones wilsonianas, pretendía no hacer distinción entre regímenes autoritarios, ya fuesen el español, húngaro, alemán, ruso, chino, coreano u otro. La diferencia con algunos de sus sucesores, sin embargo, estuvo marcada por la relativa prudencia demostrada por este presidente, que nunca permitió que esta visión degenerase en generalizadas «cruzadas por la democracia» o en un apoyo incondicional a gobiernos no comunistas, permitiendo que la estrategia estadounidense se desarrollase de forma selectiva, al menos en teoría. Otra de las versiones que guiaron y conformaron la citada doctrina fue la «teoría del dominó», que planteaba la posibilidad de que en una determinada región, la caída de uno de los estados clave en manos del comunismo podría arrastrar a otros en su caída; esta teoría es atribuida en general al secretario de Estado del presidente Eisenhower, John Foster Dulles. De hecho, la teoría del dominó se siguió aplicando en momentos muy posteriores al desarrollo de la estrategia de Eisenhower, hasta Nixon y Reagan por lo menos.

La estructura del libro de Juan Tovar arranca con una pedagógica introducción a la teoría de la *paz democrática*, y una bien fundamentada presentación de sus autores de referencia, como Doye, Russett y Rummel, para enlazar con la formulación –por lo demás polémica y discutida– de la idea de *El fin de la Historia* de Fukuyama. A continuación nos presenta lo que a nuestro parecer es lo más valioso de su

tesis, el capítulo II, con el análisis de los orígenes de la tradición wilsoniana, y las duras pruebas a las que se verá sometida con el fin de la Guerra Fría y la entrada en el incierto mundo posbipolar. Los casos de Somalia, Haití, Bosnia-Herzegovina o Kosovo marcan el círculo de la experiencia *clintoniana*, vinculada con dicha herencia wilsoniana, pero cautiva de su propia versión del unilateralismo, más allá de la retórica oficial. Es decir, Clinton era *multilateralista* pero Bush fue *unilateralista*, etc., cuando en realidad el continuismo entre presidencias es superior a sus diferencias de aplicación exterior.

El capítulo de conclusiones, como sucede a veces, podría haber sido más ambicioso, y más sistemático en su construcción, a la luz de la pedagogía subyacente a la obra en su conjunto. Pero el balance final es positivo; se trata de una valiosa aportación académica a un debate abierto, y justamente ese debate debe continuar.